

TIEMPO PARA ENVEJECER

Jesús Vicens¹

Quiero presentar unas reflexiones sobre el lugar que puede ocupar la gente mayor en la sociedad y como pueden darse de manera enriquecedora los procesos de envejecimiento. ¿Que posibilidades encuentra este grupo social de restituir unos valores de integración en un mundo profundamente fragmentado? ¿Puede la gente mayor ofrecer símbolos de relación humana y de cohesión social, al ser un grupo que tiene el tiempo de vida en retrospectiva? Más aún, en un mundo caracterizado por la rapidez, además de la fragmentación, que ha llevado a estresar tanto a las personas como a los ecosistemas, ¿qué puede aportar un grupo de gente mayor, ubicada socialmente como una categoría de carga, ante esta rapidez e inmediatez de las cosas? ¿Puede este colectivo ser una riqueza cultural en un mundo caracterizado por incertidumbres y falta de compromisos?

Estas preguntas van a guiar una parte significativa del artículo. Introducimos también la cuestión de si la gente mayor en sus procesos de envejecimiento puede aportar algo

¹ Titular de Sociología Ambiental y Sostenibilidad en las Ciudades y Sociología de las Religiones. Universidad de Barcelona ,

en relación con la ruptura que vivimos con la Tierra, con sus paisajes, sus entornos naturales y sus ritmos y también sobre la belleza que contienen los lugares naturales. Estos espacios representan un valor central en la riqueza y la diversidad biológica, pero declinan con el desarrollo económico orientado al consumismo. Para la gente mayor apenas existe un tiempo por delante como perspectiva de futuro. Sin embargo, esto mismo les sitúa en una capacidad para vivir intensamente aquello que les envuelve. Mucha de la gente mayor en los países en vías de desarrollo habita espacios de miseria en las grandes metrópolis, aunque otra parte también significativa habite en lugares más cercanos a los espacios naturales. Este sector social tiene la posibilidad de experimentar el tiempo presente de manera única, sin expectativas y sin romanticismos. Precisamente la relación de unidad y reciprocidad con la naturaleza puede ser una manera de experimentar la libertad y la emancipación. Cuando hablamos de naturaleza en este artículo, no nos referimos solamente a los espacios especiales que hallamos en un bosque, en las cercanías de un río, en un entorno costero o montañoso, es decir, el conjunto y el paisaje de un ecosistema, sino también en la capacidad de crear naturaleza mediante el cuidado de los árboles, las plantas, los huertos, o cualquier espacio verde que una ciudad o un pueblo

puede crear y cuidar. No por su rentabilidad comercial, pero si por su calidad de vida.

El tiempo de la gente mayor es un tiempo presencial, donde el presente y lo que hay en él es lo más importante. No es un tiempo para planificar, aunque esto se de con los hijos y los nietos, tampoco es un tiempo para revivir, ya que detrás de los recuerdos hay emociones que no ayudan a desplegar la inteligencia del presente ni a saborear la belleza de la vida. En cambio, el tiempo del momento si permite la intensidad del fenómeno de la vida y de los fenómenos de la naturaleza. Esta referencia al presente en el flujo del envejecimiento es un contrapunto a las enfermedades modernas relacionadas con la velocidad, el estrés y la separación, que afectan directamente al corazón y a la circulación, derivando en enfermedades cardiovasculares y de presión sanguínea (J. VICENS, 1995). Estas enfermedades, multiplicadas en la hipermodernidad, andan de la mano de los miedos, las inseguridades y las ansiedades (GILLES LIPOVETSKY y SÉBASTIEN CHARLES, 2006). Cuando un grupo social se siente fortalecido y reconocido culturalmente estas enfermedades pueden quedar aparcadas, pero no en los colectivos más vulnerables, como la gente mayor y los niños, en quines esta fortaleza y reconocimiento deben cultivarse conscientemente, deben estar presente en las condiciones sociales que influyen sobre el bienestar.

Nos preguntamos si ¿puede vivirse la vida

cuando el medio social y el medio natural pierden sentido? El significado de la vida y la cosmovisión, es aquello que la gente mayor puede tener con mayor solidez en un contexto de reconocimiento social y cultural, de consideración y respeto a la vida vivida. Y es una pregunta que está en el ambiente cuando el tiempo de vida está circunscripto en el presente. Aunque el presente social de la modernidad es líquida, en la expresión de Zygmunt Bauman (2007), donde no se da el tiempo necesario para que las relaciones humanas, las estructuras sociales y los espacios de los sectores y grupos se solidifiquen. Se pierden las referencias y la acción humana se vacía de contenido. De la misma manera que esta modernidad ha roto los ritmos de la naturaleza y no concede el tiempo necesario para que se restituyan los ecosistemas. Es en estos contextos sociales y ecológicos que planteamos las preguntas, conscientes de que cualquier análisis nos puede conducir a la disolución y a la falta de sentido de las mismas preguntas. Nos obstante, el compromiso de un planteamiento intelectual debe introducirse, aunque de forma hipotética como hacemos aquí, en las valoraciones e intuiciones que permitan ir más allá de los análisis y presentar un horizonte posible de restablecimiento de valores se sean referencia en la cosmovisión de las personas.

Quiero mostrar que cuando las relaciones sociales acercan a la gente y crean lazos

de comprensión y compromiso, y cuando hay contacto con la naturaleza, con las plantas y los animales, con los bosques, los ríos y los paisajes, entonces, se desenvuelve un sentido en las cosas que uno vive. Así, el entorno que uno habita, genera salud y deviene un espacio para estar y convivir. Las relaciones con los demás son presencias en la vida comunitaria a la que uno pertenece. Con ello se logra dar calidad a la vida. En este artículo solo podemos presentarlo como una hipótesis, que debería corroborarse con resultados que salieran de entrevistas a personas mayores en una muestra amplia en diferentes lugares, que nos permitiera evaluar la sociabilidad y la reciprocidad con la naturaleza que percibe la gente entrevistada. Pero si pensamos y partimos del supuesto que tanto las relaciones sociales como el contacto con los espacios naturales, tienen capacidad curativa, dan sentido a la vida y calidad a la manera de vivir, debemos comprobarlo con la percepción misma que tenga la gente mayor actual, la que ha nacido en la primera mitad del siglo XX, de estos dos fenómenos: la pérdida de cohesión en los lazos de relación entre la gente y la pérdida de contacto con la naturaleza en las maneras de vivir contemporáneas. Las formas de vida actuales en las ciudades desarrolladas están dominadas por las tecnologías de la información y los usos en la red y en las zonas hiperdegradadas de las periferias urbanas de

la mayoría de las grandes ciudades del sur en la lucha para sobrevivir. Estamos ante un momento mundial, como ha dicho el filósofo intercultural R. Panikkar (1994), que no es de reformas, sino de transformaciones profundas, donde los procesos de largo alcance que implican tiempos de lentitud y la relación con el paisaje natural que requiere contemplación y no intervención, deben tener mayor importancia frente a la rapidez y al consumo material. Los procesos de globalización económica que concentra el dinero en pocas manos, genera desigualdades espeluznantes y crea paisajes urbanos degradados, tiene un abismo que vamos vislumbrando: el colapso de la Tierra, la miseria humana y la violencia desesperada. Sobre todo esto la gente que envejece de todos los lugares tiene algo que decir de mucho valor que tal vez valdría la pena escuchar. De la misma manera que los bosques originarios y los sistemas de agua dulce intactos tienen algo que recordar de mucho valor, ecológico y económico, que valdría la pena atender.

El artículo quiere aportar las cualidades que supone para la riqueza cultural de un lugar hacerse mayor en el proceso de *envejecer* y que opciones pueden extraerse para la *calidad de vida* de las personas implicadas y de las generaciones más jóvenes. Conocemos las enfermedades que surgen en edades avanzadas como el Parkinson, el Alzheimer, etc., pensamos que la medicina científica podrá deshil-

vanar algunas terapéuticas para mejorar sus condiciones. También sabemos que la gente mayor supone una carga social con las pensiones y las ayudas, las atenciones familiares y la dependencia. Vemos como este sector social está cada vez más abocado a la marginación, es especial en los países del sur y en las concentraciones urbanas degradadas. Pero no conocemos suficientemente, ni hemos explorado la aportación social y la riqueza cultural que este sector de población puede brindar a un mundo enloquecido por el tiempo veloz y las tecnologías lineales, que acumulan informaciones y operaciones, obsesionado por el consumo insaciable y que deja de pensar en el valor de las cosas por si mismas, como hace un artesano. Un mundo que se pierde en la fantasía de lo que puede ser, pero que nunca llega a ser por la contingencia misma de la vida. El potencial de lo que puede ser en imágenes publicitarias del consumo siempre insatisfecho se enfrenta muy directamente a las limitaciones físicas y biológicas del cuerpo, de la tierra y de los recursos de la naturaleza. Una posición, la potencialidad fantasiosa, de tener sin poder usar nunca, ni merecer la pena hacerlo, pero que vacía la sintaxis de la vida y los significados de las culturas.

Sin embargo, saber estar en el mundo y saber hablar la vida se enseña poco y la gente mayor tiene capacidad para hacerlo. ¿Quién puede contribuir a los procesos de apren-

dizaje de los ritmos de la vida, de la lentitud del cuerpo, de la amplitud que ofrece mirar el entorno y sus tonos evocativos, o contemplar un horizonte? El tiempo del presente, que es el tiempo de los seres vivos, es un tiempo del estar, del sentir que nos enraizamos profundamente en la tierra, como mamífero erguido, y de sentir el infinito, como seres con conciencia, cuando nuestros ojos contemplan la inmensidad del horizonte, al que podemos percibir con una mente flexible. El ser humano, con sus obsesiones sobre el futuro y sus cargas del pasado, olvida que estas cuestiones: infinitud (ojos), enraizamiento (pies), presencia (cuerpo), ritmo (movimiento), aprendizaje (vida) y sabiduría (conciencia) son todos y cada uno de ellos fuente de salud y de calidad de vida. Cada uno de ellos está particularmente al alcance de la gente mayor, al ser un tiempo liberado en parte de las presiones profesionales y familiares.

2. TIEMPO COMO RELACIÓN

El tiempo es una dimensión básica de despliegue de la vida y de sus procesos que llamamos envejecimiento. Este desenvolverse y desenvolverse en la vida tiene como vehículo principal la *relación*, el estar permanentemente en contacto con los demás y con el entorno que ambienta estas interacciones, y en

contacto con todos los seres que comparten el espacio de este entorno. Pero, también es una relación con todo lo interno: pensamientos, sensaciones, percepciones, conciencia, visiones, etc., con todo aquello que configura la mente y la personalidad de cada uno. Y así, en estos procesos con el medio ambiente y con el medio interior desplegamos el tiempo, construimos las esferas de sociabilidad y de cultura y aprendemos a ser en la vida y a referenciar nuestro lugar en el mundo.

Tanto con el desarrollo de la modernidad y la concentración de la población en grandes urbes, como con la fabricación masiva de bienes e industrialización de procesos de producción, se ha roto la relación con el medio natural, con los paisajes sugestivos de un lugar, por lo que una parte importante del tiempo como relación ambiental se pierde. Dejamos de ser seres constituidos por el paisaje natural y pasamos a ser población que va llenando espacios urbanos. En el caso de los países en vías de desarrollo son espacios urbanos degradados. Esta tendencia es la que actualmente predomina. El 2007 es el año en que la población mundial residente y ubicada en las ciudades ha pasado a ser superior a la población rural. Un aumento acelerado debido tanto a las migraciones como al incremento natural de la población ya existente. Pero la naturaleza sigue siendo esencial para el bienestar de la humanidad dice Kai

N. Lee en: “Un mundo en vía de urbanización” (Worldwatch Institute, 2007, p. 1) y que según la manera en que las personas tengan cuidado de los ecosistemas que proporcionan servicios vitales para todos, se habrá alcanzado el mismo nivel de importancia que tiene la dependencia de los seres humanos respecto a la naturaleza. Las generaciones de la segunda mitad del siglo XX, se han movido en casi su totalidad en parámetros económicos artificiales, propios de los espacios urbanos alejados de una relación directa y sensible con el medio natural. Parámetros que no reflejan, y menos aún contabilizan, los tiempos necesarios para que puedan reponerse los elementos vitales como el agua o el aire, la tierra o la energía, y los ritmos que conllevan, pero que se necesitan para que estén disponibles los recursos naturales como los ríos, los bosques, los minerales y materiales u otros. La gente mayor nacida en la primera mitad, como colectivo humano, si tiene experiencia y memoria del significado de los tiempos y de los ritmos de la naturaleza.

Dos tercios de la población urbana asentada en los países en vías de desarrollo, han hecho que las ciudades sean espacios de miseria (MIKE DAVIS, 2007). Una escala y una velocidad en los procesos de urbanización en el tercer mundo que convierten en pequeña la experiencia europea de finales del siglo XIX y comienzos del XX, hace un siglo. Lo que está

sucedido con este nuevo ordenamiento urbano actual es el aumento enorme de las desigualdades entre ciudades y una represión brutal contra la inmigración de las zonas rurales, en nombre siempre del progreso, del embellecimiento de la ciudad o de las mejoras, en una concepción de la economía donde la gente no cuenta, y que favorecen el desarrollo económico de propietarios, promotores inmobiliarios y promociones turísticas.

Si el espacio se ha vuelto miserable al acoger mucha población sin hogar y sin trabajo, el tiempo de estas megaciudades se ha convertido en una aceleración que agota los cuerpos y las esperanzas de las personas. El ritmo temporal de los espacios metropolitanos y de las megaciudades es lineal y acelerado, hasta el punto de convertirse en un pulso metronómico (MICHAEL YOUNG, 1988). Este sociólogo británico hace un análisis comedido de la aceleración de los procesos rítmicos y del desencaje de los biorritmos. De la manera en que se plancha la complejidad del tiempo biológico para homogeneizarlo a los movimientos regulares y rápidos del desplazamiento del coche y favorecer el control social. Aunque no todos los días son iguales, las urbes de miseria y los pulsos metronómicos que en ellas se generan, tienden a hacer iguales las maneras de habitar la ciudad y de vivir las experiencias de la vida.

Con el desarrollo de la hipermodernidad,

es decir, de los excesos en una vida cómoda y de consumo fácil, en las ciudades ricas del norte, se rompe la otra relación fundamental que nos constituye como seres humanos, aquella que interactúa con todo lo interno: valores, anhelos, expectativas. Nuestra sociedad se convierte en una circunstancia de consumo convulsivo y rápido que no permite los ritmos internos. Este es el modelo de referencia sobre el desarrollo. Ante ello se colapsa la comunicación básica de la vida entre las personas y el despliegue del tiempo que es la edad. Tanto la comunicación como el envejecimiento dejan de ser valores en sí, de calidad humana y cultural, y pasan a ser problemas en el mundo actual que se arrastran con pesadez. Envejecer se considera una enfermedad que hay que tapar y el acto de comunicarse una anticuaria que hay que superar para rendirse a las enormes oportunidades que la publicidad ofrece a la imaginación de los deseos (Richard SENNETT, 2007). Ni el entorno natural ni el entorno interior van sosteniendo el sentido de la vida. Las relaciones son sobretudo con las tecnologías de la imagen en las sociedades desarrolladas, o bien, una lucha contra los demás por sobrevivir y poder alcanzar una cierta integración social y una cierta seguridad en la apropiación de los espacios urbanos degradados y ocupados, es decir, una lucha para reducir la exclusión a al que se ven sometidos constantemente en

las sociedades que aspiran a desarrollarse. En las ciudades modernas, aparecen además de las enfermedades modernas cardiovasculares debidas a la aceleración, las enfermedades de pérdida de sentido que se refieren a la depresión, la locura, la agresividad, la violencia y la esquizofrenia. En las ciudades en vías de desarrollo, en los espacios urbanos hiperdegradados, aparecen las enfermedades propias de la falta de nutrición adecuada, de acceso a una sanidad e higiene adecuadas, las contaminaciones y las infecciones.

La gente mayor nacida en la primera mitad del siglo XX antes del desarrollo de la hipermodernidad, tanto en los países industrializados como en los lugares en vías de desarrollo ubicados en el mundo rural, tiene la memoria de ambas relaciones: con el mundo natural y sus lazos de solidaridad y con el mundo interior y sus raíces culturales. Pueden ser testimonio de un legado donde las formas sociales están más cercanas a los ritmos naturales y a contenidos relacionados con la naturaleza. El interés por el mundo natural reinventado en las dos últimas décadas ha ido a la par del desarrollo de la hipermodernidad. Un interés que ha crecido al experimentar socialmente las rupturas de los lazos de cohesión social y de reciprocidad con el medio natural. Al romperse drásticamente la relación con el mundo natural a partir del desarrollismo, como referencia principal del progreso de los años cincuenta donde se ha im-

puesto el consumismo, se rompe la relación constitutiva con nosotros. Esta mentalidad de que para el consumidor nada es suficiente (Richard SENNETT, 2007, p. 143) ha conducido a la globalización de la economía como fantasía mundial. Aunque la locura del consumo posible incitada por la publicidad pueda acaparar nuestra mente, la sensibilidad de nuestros cuerpos pujan por una experiencia más real. Y, la gente mayor se halla más en este punto de la sensibilidad del cuerpo, por los límites que crea la contingencia de la edad, que no en el punto de seguir fantaseando con la mente sobre las posibilidades del consumo.

Pensar el tiempo como relación es común tanto a la filosofía como a la estructura social. Es necesario retomar las cuestiones cosmológicas fundamentales, las que nos constituyen como seres culturales, y reintroducirlas con un sentido de valor personal y cultural donde el proceso de envejecimiento, el despliegue del tiempo con la edad, sean centrales, en una época de cambios económicos y sociales muy rápidos que han conducido al declive de la cohesión social debido a los mismos cambios económicos. Recuperar estos valores, que pueden poner de manifiesto la gente mayor, es semejante a recuperar los ecosistemas de agua dulce de los ríos y los lagos o la zonas húmedas. En ambos casos es difícil ver un horizonte claro a favor de los sistemas naturales y de los valores que

cohesionan las personas y las limitan.

Envejecer nos puede abrir al mundo natural y a sus ritmos. Con la edad la presencia de los biorritmos se hace más acuciante y la alianza con el mundo natural más necesaria en un momento en que la sociedad moderna e hipermoderna ha orientado su velocidad contra el medio ambiente y ha generado un deterioro ecológico galopante en aspectos vitales como el agua, los bosques y el calentamiento de la atmósfera. Una de las claves de transformación de nuestra sociedad y de nuestra cultura occidental moderna e hipermoderna es incorporar la noción del tiempo no-dual, es decir, de un tiempo donde vivir y sobrevivir no están separados, donde envejecer y experimentar el valor de la vida se nutren mutuamente, donde conocimiento y vitalidad se crean una a la otra. Abriéndose al mundo natural y a sus ritmos se avanza hacia la pacificación de la mente y del cuerpo y hacia la sensibilidad por los demás, por el mundo de las plantas y de los otros seres vivos.

3. TIEMPO COMO UN DON

Si embargo, el tiempo relacionado con el mundo interior, el tiempo del envejecimiento, que representa el despliegue de la vida, que tiene la capacidad de compartirse, es el tiempo que se proyecta en la sociabilidad. Es un

don. Es el tiempo con los otros, tanto del entorno comunitario, como del entorno cultural. Un tiempo interiorizado, por haberse vivido. En la experiencia de este tipo de tiempo, percibido como un *don* y haberse encarnado en la propia sensibilidad, emergen los mejores anhelos de las personas. Es el tiempo que se ejerce gratuitamente, no está bajo la presión del tiempo dinero, propio de la producción, o del tiempo gasto, propio del consumo (Barbara ADAM, 1998). El tiempo social que se da a los demás, es el tiempo libre, compartido en la conversación o en el silencio. Es el tiempo de los amigos y familiares, es el tiempo que nos une a los demás. El tiempo que la vida permite también sentirse parte de la Tierra, de la comunidad. Un tiempo que nos acerca a mirar la realidad última. “No tengo nada pendiente. No hay prisa en mi vida, por eso puedo tener contigo un gesto como es debido”. Le dice D. Juan a Carlos Castaneda, (*Viaje a Ixtlan*, 1981, p. 74) Este tiempo emerge tanto en espacios deslumbrantes del mundo industrializado, como en espacios degradados de las megaciudades. La gente mayor tiene la posibilidad de experimentar el tiempo como un *don*, como vida. “No tienes tiempo, amigo mío, no tienes tiempo. Ninguno de nosotros tiene tiempo...Acepta el reto. Cambia” (p. 126). Es una invitación a dar lo mejor de nosotros mismos. No hay ninguna razón, ningún poder capaz de garantizar que vayamos a vivir un minuto más, por eso

hacerse responsable de estar en el mundo es dar lo mejor. El tiempo es un don, para hacer lo mejor de nosotros mismos, para ofrecerlo a los demás, para que nuestros últimos actos sobre la tierra estén llenos de significados, al poner atención a los lazos que nos unen con la muerte y dejar que nuestros actos fluyan de acuerdo con eso. Este es el don potencial de la gente mayor que la sociedad necesita para salir de su letargo fantasioso del consumismo.

No obstante, este tiempo de atención tan importante, el tiempo que nos pone cerca del final, que nos hace ser consciente de que la vida es un curso corto, se ha convertido en un tiempo de consumo de ocio para gente mayor, un tiempo donde prolongar la sensación de insatisfacción y vacío a fin de justificar toda la industria del ocio alrededor de la tercera edad. Ciertamente, el ocio no es la única empresa generada entorno a la gente mayor, también se dan espacios de encuentros y momentos donde cultivar la inquietud intelectual, pero son muy reducidos en comparación al fomento del ocio. Algo que va a la par con el estímulo permanente del consumo del ocio en todas las edades y que representa un emblema del progreso. El ocio hace de la vejez un tiempo banal, una industria que ofrece a la gente jubilada turismo de bajo coste, subvencionado, pero hace que contribuyan como consumidores al crecimiento económico. Para que el dinero que el Estado

invierte en este sector de la población, vuelva al mundo laboral y productivo. Es el negocio de la tercera edad. Sin mención a la experiencia, a la aportación social de su saber, a la intensidad del fenómeno del tiempo diluido, se banaliza este sector con un acento para el consumo de ocio. La finalidad de la vida es el consumo. El nivel más alto de desarrollo es el consumo. Así, se pierde la riqueza cultural que la gente mayor puede aportar al haber desplegado el tiempo de su vida y con ello haber alcanzado una edad en la que ha podido acercarse al acopio de saber.

La gente mayor está abierta a crear espacios de relación social, a darse mutuamente tiempo, a vivir el tiempo como un *don*. Envejecer es alcanzar una experiencia de la vida y adquirir un saber para transmitir. La gente mayor tiene mirada, es decir, capacidad de ver a lo lejos en el espacio tiempo, sin caer necesariamente en la linealidad del pasado o del futuro. Puede ampliar el horizonte donde mirar el mundo, porque no tiene la presión de la inmediatez. Esta capacidad requiere madurez, y esta se expresa en una narrativa. La gente mayor tiene “narrativa”, esto es, capacidad de contar cosas, experiencias y vivencias personales y comunitarias. No importa que el contar historias sea una manera de describir literalmente un suceso, o sea una manera de escenificar una transmisión. El filósofo y sociólogo David Abram, en su libro *la magia de los sentidos*, (2000) expone

las narraciones de las culturas orales en Australia, Alaska, Indonesia y Nepal, como formas de enseñanzas y educación fundamentales en la transmisión de estas culturas. Son narrativas e historias enraizadas en la comunidad y en los lugares y paisajes de la comunidad. La relación más fácil entre abuelas y nietos es la capacidad de contar historias, de expresar en palabras escenarios, experiencias, situaciones, que evocan en la población infantil sugerencias y posibilidades, en donde se estimula enormemente la creatividad. Una población infantil con ansias de escuchar, con una receptividad emergente en todo momento.

Haber convertido esta relación, la perspectiva y la narrativa, en banalidad, es una pérdida de riqueza cultural, paralela a la pérdida de riqueza y cultura que supone la tala de árboles, la urbanización de la costa, o el hacinamiento de espacios degradados en las ciudades de los países en vías de desarrollo. Todas las culturas antiguas, y aquellas que configuran hoy el espacio del mundo industrializado, han tenido capacidad de transmisión, debido a personas que en su edad de madurez han relatado una vida, han desplegado un tiempo de afecto para con la comunidad y para con el mundo natural que los ha envuelto. Al desaparecer ambos y ocupar sus lugares la banalidad, o la lucha cruel por la supervivencia y la violencia, ha hecho que se perdiese esta riqueza. El lugar otorgado a la gente mayor como con-

sumo de ocio, carga social o estorbo, es un error, que desaprovecha su potencial narrador y su riqueza en la experiencia del tiempo como don. Como es también un callejón sin salida basar la industria energética y la organización social que la acompaña en fuentes fósiles, que calientan el planeta y lo destruyen. Sin una gente mayor capaz de elaborar un testigo para transmitir, la vida humana, las comunidades sociales se desertizan. La marginación, carga o consumo atribuido a la gente mayor forma parte de esta trayectoria criminal del capitalismo que destruye en su infinito egoísmo a seres humanos y a sistemas naturales, dejando a los que quedan en el centro de la riqueza en un atontamiento consumista y en una fantasía de la experiencia del mundo. La globalización económica ejerce una destrucción de la vida de tal magnitud que ningún imperio ha hecho anteriormente. Estresa a los pueblos y a los ecosistemas, enfermando sus contextos, en base a la inercia del consumismo material que solo alcanza y en mal estado a 1/5 parte de la población mundial. Un desarrollo sostenible, sin consumo, con los tiempos de las personas y los ritmos de la naturaleza, puede alcanzar a todos.

Al no ocupar la gente mayor un espacio en el reconocimiento del saber, la sociedad a la que pertenecen está declinando, está en la dirección del colapso cultural. Las comunidades que tengan capacidad de rehacer su

cultura para ubicar un lugar de conocimiento a los mayores es una sociedad sana, en proceso de regeneración, de la misma manera que reforestar adecuadamente es también un proceso de regeneración, o la recuperación de cuencas fluviales cercanas a su estado natural. El lugar que ocupe la gente mayor en la sociedad puede representar la restitución de valores esenciales de integración, de interrelación, de perspectiva, de narrativa, de emancipación y libertad interior, y finalmente de unidad con el medio natural.

4. TIEMPO COMO EXPERIENCIA

Sin embargo, el mundo en que vivimos, a pesar del impresionante despliegue de tecnologías que inundan nuestros espacios públicos y privados, es un mundo vivo, abierto y lleno de misterios, sujeto a diferentes estados que cambian continuamente. La generación que no está sometida a las presiones de la competencia profesional ni del estatus social es la gente mayor que puede manifestar el mundo vivo con su experiencia. Puede ser referente para el conjunto de la sociedad del valor de la experiencia, aquella dimensión humana que no se limita a la racionalidad instrumental ni a la carrera social. La experiencia, en especial la que procede de los sentidos, ha sido considerada secundaria por el pensamiento cientí-

fico, que ha puesto por delante la racionalidad manipulativa. No obstante, el mundo contemporáneo lleno de enfermedades, depresiones y sin sentidos, necesita nuevamente redescubrir el misterio complejo del mundo vivo. La gente mayor está en una situación óptima para reflejar esta dimensión.

Dice David Abram: “El mundo y yo interactuamos recíprocamente. El paisaje, tal y como yo lo experimento, difícilmente puede constituir un objeto determinado, sino que más bien es un reino ambiguo que responde a mis emociones evocando, a su vez, sensaciones en mí. Hasta el científico más desapegado debe, forzosamente, comenzar y terminar sus estudios dentro de este campo de experiencia indeterminado, en el que los cambios de humor o de clima pueden alterar su experimento o su interpretación de los datos” (p.42). Descifrar el mundo real es una parte del conocimiento que puede tener su aplicación en la tecnología, la medicina, o la producción industrial de alimentos, pero, el mundo real es mucho más que todo esto. Es una compleja red de interacciones, una matriz de percepciones vivas y experiencias de aprendizaje de lo vivo no limitado al ser humano, un campo común de experiencia compartida desde múltiples ángulos. La gente mayor simboliza la expresión de la experiencia. Si la sociedad recuperara este espacio de conocimiento y de saber vivir, podría otorgar-

le a la gente mayor un lugar de sabiduría.

En el pensamiento de Husserl, nos dice D. Abram, “la visión científica del mundo adolece de una profunda inestabilidad, fruto del conflicto continuado entre nuestras convicciones científicas y nuestra experiencia espontánea” (p.51). El concepto copernicano de que el sol pasó a ser considerado el centro del mundo de los fenómenos, no encajaba con nuestra percepción sensorial espontánea. Nacía así una tensión no resuelta entre las convicciones intelectuales y la convicción más profunda de nuestros sentidos. Una dualidad entre las concepciones mentales y nuestras percepciones corporales. Una dualidad antigua en Occidente, desde el nacimiento de la filosofía en Platón. Hoy la situación ecológica de la Tierra y la situación de baja vitalidad de la humanidad nos ponen ante la tesitura de restituir la “no dualidad”, aquella manera de pensar y comprender que integra mente y materia, cuerpo y pensamiento. Nos pone también ante la necesidad de repensar las culturas antiguas animistas y las culturas antiguas de Oriente: budhismo y taoísmo. De estos acuíferos culturales podemos sacar cosmologías que nos acerquen a una integración y reconciliación entre el pensar y el percibir o sentir. La experiencia debe ocupar nuevamente un espacio importante en el saber actuar e interactuar. La experiencia debe guiar nuestro nivel ético

común. En ella la gente mayor, como las culturas antiguas, deben estar presentes, deben ocupar un espacio especial.

Si observamos la crisis de la ecología de la Tierra podemos ver una raíz en el pensamiento que ha fragmentado y separado nuestra mente y pensamientos, con nuestro cuerpo y percepciones. Husserl, nos recuerda Abram, sugiere que la Tierra se encuentra en el centro de nuestras nociones de tiempo y espacio, que la Tierra representa nuestro “primitivo hogar” y nuestra “historia original”. “La Tierra es la profundidad secreta del mundo viviente... un enigma que desborda a todo intento de estructuración de cualquier cultura o lenguaje concreto”. Una base común a todos los mundos vivientes relativos (p.52). Si somos capaces de sentir la Tierra como sentimos nuestro cuerpo, entonces la complejidad del paisaje que andamos, las formas de vida diversas que percibimos, los momentos en que abrimos nuestra atención al entorno, constituyen la base de una experiencia con raíces de sabiduría, más allá del análisis. Una percepción ampliada respecto al conocimiento que cartografía y cuantifica las formas, los entornos y las múltiples relaciones entre sus seres.

Y la experiencia o percepción se inicia en el cuerpo, en los cuerpos que los seres vivos tienen para recibir interacciones del entorno y para crear maneras de responder a las complejidades de ente medio misterioso que nos en-

vuelve. El cuerpo y sus complejidades es el medio de relación con todo aquello que constituye el campo común de experiencia. El cuerpo primordial y olvidado de nuestra percepción es la Tierra. Ahora, en este nuevo siglo, nos recuerda su profunda relevancia como realidad material. Ante la crisis ecológica y la premura de la atmósfera, el agua y los bosques con su biodiversidad, la Tierra sitúa cualquier pretensión mecánica de lo vivo, de la percepción, rozando la ridiculez. Los institutos de investigación científica reduccionista están en declive de saber. Ningún programa genético abarca la complejidad de situaciones que hay que responder en un momento concreto y un lugar concreto para cualquier ser vivo, planta o animal. Sin embargo, la percepción espontánea e inmediata mediante nuestro cuerpo y nuestros cuerpos y los cuerpos de los otros seres vivos y de la Tierra hace posible sistematizar los lugares y los momentos. Los límites temporales y espaciales del cuerpo son abiertos y sin determinar. Permiten el intercambio creativo constantemente. Así tejemos el presente, actividad que pide toda nuestra atención y capacidad para percibir las texturas y las formas que hay en el presente y que hace que nos adaptemos de manera creativa a los entornos inmediatos.

Todas las generaciones están capacitadas para estas percepciones. Pero aquella generación que ve alejarse el pasado de su vida y el futuro, que percibe las limitaciones de la edad

como una posibilidad de interiorización de la vida, es una generación de gran valor. Más cercanos a no tener pasado aunque tengan memoria, un terreno que es común a todos los seres vivos y una cualidad que es cósmica al hallarse por todo el universo. Y, también cercanos a no tener expectativas aunque realicen y actualicen sus vidas. Una generación así, la gente mayor, está especialmente capacitada para profundizar la percepción de los fenómenos vivos que nos envuelven. Esto es una riqueza social y un patrimonio cultural. Atribuir a la gente mayor un lugar especial en la sociedad, como las culturas antiguas había siempre atribuido, es saber nutrirse de una fuente de alimentación que la sociedad necesita ante la ausencia de valores y de vitalidad. Hoy el mundo está perdido en la mecánica tecnológica y la velocidad lineal, además de los problemas de miseria, destrucción ecológica y violencia social. Sin embargo, la Tierra, no es plana, las situaciones no son homogéneas y los cuerpos no son instrumentos. Son superficies multiformes y relaciones complejas y misteriosas que crean ambientes y lugares. Aquellas personas que han vivido años en la superficie de este planeta, que no han sucumbido a la banalidad del consumo ni a la depresión de la impermanencia, es gente que contiene pozos de saber, de sensibilidad, de texturas que podemos compartir.

BIBLIOGRAFÍA

- Abram, David. 2000. *La magia de los sentidos*. Barcelona, Cairós.
- Adam, Barbara. 1998. *Timescapes of modernity*. London, Routledge
- Barman, Zygmunt. 2007. *Tiempos líquidos*. Barcelona, Tusquets.
- Castaneda, Carlos. 1981. *Viaje a Ixtlan*. Madrid, Fondo de cultura económica.
- Davis, Mike. 2007. *Planeta de ciudades miserias*. Madrid, Foca
- Lee, Kai N. 2007. *L'estat del món 2007. El nostre futur urba*. Barcelona, Unescocat.
- Lipovetsky, G. y Charles S. 2006. *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona, Anagrama.
- Panikkar, Raimon. 1994. *Ecosofía*. Madrid, San Pablo.
- Sennett, Richard. 2007. *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona, Anagrama.
- Vicens, Jesús. 1995. *El valor de la salud*. Madrid, Siglo XXI.
- Young, Michael. 1988. *The Metronomic Society*. London, Thames and Hudson.